

nueces, otros reunían y amontonaban hojas; en una palabra, se ocupaban en todo lo que pudiera proporcionarles agradable pasatiempo. Magone disimuladamente se alejó y se fué al Oratorio. Un compañero lo advirtió y temiendo que se hubiera enfermado le siguió. Magone, que creía no ser visto, llegó á casa, y sin buscar á nadie ni hablar palabra, se dirigió á la iglesia. El que le había seguido lo encontró en ella, solo, de rodillas, ante el altar del Santísimo Sacramento, en envidiable oración.

Preguntado después sobre el motivo de aquella inesperada separación de sus compañeros, contestó: Temía mucho caer en pecado y por esto fuí á suplicar á Jesús Sacramentado me diera fuerzas para perseverar en su santa gracia.

Otro curioso episodio sucedió en aquellos mismos días. Una noche, cuando todos nuestros jóvenes se habían retirado ya á descansar, oigo á uno que lloraba. Me asomo á la ventana y veo á Magone en un ángulo del patio, que miraba la luna y suspiraba derramando lágrimas. ¿Que tienes, Magone, te sientes mal? le dije.

Él, que creía estar solo y no ser visto, se turbó y no acertaba á responder; mas, insistiendo yo en mi pregunta, al fin me contestó con estas precisas palabras:

Lloro mirando la luna, al considerar que tantos siglos hace que aparece con inalterable regularidad para iluminar las tinieblas de la noche, sin desobedecer jamás las órdenes del Criador; mientras yo que soy un ser racional, yo que soy cristiano, que debiera haber sido fidelísimo á las leyes de Dios, le he desobedecido

mil veces y de mil maneras ofendido. Dicho esto se puso de nuevo á llorar. Le animé con algunas palabras de consuelo que devolvieron la calma á su espíritu, y se retiró á descansar.

Es ciertamente digno de admiración que un niño de catorce años apenas, poseyera tanta elevación de criterio y raciocinio; pero así es la verdad, y de ello podría presentar otros muchos hechos que prueban que Magone era capaz de reflexiones muy superiores á su edad, y especialmente la gran facilidad con que descubría y y entreveía en todo la mano de Dios y la obligación de toda criatura de prestarle pronta y ciega obediencia.

### CAPITULO XIII

#### Su preparación para la muerte.

Nuestro Miguel vivió cerca de tres meses después de las vacaciones de Castelnuovo de Asti. Era de estatura pequeño, pero sano y robusto. De ingenio despierto y suficiente para seguir con lucimiento cualquiera carrera que hubiese emprendido. Amaba mucho el estudio y obtenía en él un provecho no común. En piedad llegó á un grado que en sus años no hubiera yo sabido qué quitar ó poner para presentarle como modelo á la juventud. De índole viva, pero bueno y devoto, gozaba mucho aun en las más pequeñas prácticas de religión. Las hacía con alegría y sin escrúpulo, de modo que por su piedad, aplicación y genio amable, era ama-

do y venerado de todos, al par que por su viveza y jovialidad era el ídolo de la recreación.

Hubiéramos deseado ciertamente que aquel modelo de vida cristiana no hubiera dejado este mundo hasta la más avanzada vejez; porque, ora en el estado eclesiástico á que se mostraba inclinado, ora en el seular, habría hecho mucho bien á su país y á la religión. Pero Dios lo había decretado de otro modo y llamándole á sí quiso arrancar esta flor del jardín de la iglesia militante, para trasplantarla al de la triunfante del paraíso. El mismo Magone, sin saber que estuviera tan cerca su fin, se iba preparando para la muerte con una vida cada día más perfecta.

Hizo la novena de la Inmaculada Concepción con particular fervor. Conservamos escritas por él mismo las cosas que se propuso practicar en aquellos días, y son las siguientes:

“Yo, Miguel Magone, quiero hacer bien esta novena y prometo:

“1.º Limpiar mi corazón de todas las cosas del mundo para darlo todo á María.

“2.º Hacer confesión general para tener mi conciencia tranquila á la hora de la muerte.

“3.º Dejar todos los días el desayuno en penitencia de mis pecados, ó rezar los siete gozos de María á fin de merecer su asistencia en las últimas horas de mi agonía.

“4.º Si mi confesor lo permite, comulgar todos los días.

“5.º Referir todos los días á mis compañeros un ejemplo en honor de María Santísima.

“6.º Pondré este billetito á los piés de la imagen de María, con lo cual me propongo consagrarme todo á ella, ofreciéndole ser en adelante todo suyo hasta los últimos instantes de mi vida.”

Todo esto le fué permitido menos la confesión general, porque la había hecho poco antes, y la privación del desayuno que se le conmutó por un “De profundis” en sufragio de las almas del purgatorio.

Causaba verdaderamente asombro la conducta de Magone en aquellos días de la novena de María Inmaculada. Siempre contentísimo y siempre afanado en contar ejemplos morales á unos, invitar á otros á que los contasen, reunir cuantos compañeros podía para llevarlos á orar delante del Santísimo Sacramento ó de la imagen de la Virgen. En esta novena se privó ya de algunas frutas, dulces ú otros manjares, ya de libritos, estampas devotas, medallas, crucecitas y otros objetos que le habían regalado, para darlos á algunos compañeros algo disipados. Y esto lo hacía para premiarlos por su buena conducta en la novena ó para comprometerlos á tomar parte en las obras de piedad que les proponía.

Con el mismo fervor y recogimiento hizo la novena de la Natividad de N. S. J. C. “Quiero, decía al principio de ella, poner de mi parte cuanto pueda para hacer muy bien esta novena, y espero que Dios usará misericordia conmigo, y el niño Jesús querrá también nacer en mi corazón con la abundancia de sus gracias.”

Llegada la noche del último día del año, el Superior de la casa recomendaba á todos sus jóvenes que diesen gracias á Dios por los beneficios recibidos en el curso del año que iba á terminar. Después les alentaba á que se animasen con santo empeño á pasar el año nuevo en la gracia del Señor; porque, añadía, para alguno de nosotros será este año el último de la vida. Mientras esto decía, tenía la mano apoyada sobre la cabeza del que estaba á su lado que era Magone.

He comprendido, dijo éste lleno de estupor, soy yo el que debe hacer su maleta para la eternidad: bien, la tendré preparada. Tales palabras produjeron la risa en todos los que le oyeron. Y éstos y Magone recordaron muchas veces este dichoso incidente. A pesar de ello no disminuyó en lo más mínimo su acostumbrada alegría y jovialidad, y continuó cumpliendo con extraordinario ejemplo todos sus deberes.

Entretanto corría el tiempo y se acercaba el último día de su vida, del que Dios quiso darle más claro anuncio. El domingo 16 de Enero los jóvenes de la Congregación del Smo. Sacramento, á que Magone pertenecía, se reunieron como acostumbran hacerlo todos días festivos (1). Terminadas la lectura y oracio-

(1) Hé aquí los principales artículos de esta Congregación:

1.º El objeto de esta asociación es el de promover la adoración de la Santísima Eucaristía y reparar los ultrajes que de los herejes, infieles y malos cristianos recibe N. S. J. en este Augusto Sacramento.

2.º A este fin los congregantes procurarán distribuirse la obligación de comulgar, de modo que no deje de hacerse cada día, por lo menos una comunión. Cada uno tendrá también cuidado de comulgar, previo el permiso de su confesor, todos los días festivos y una vez en el espacio de cada semana.

nes de reglamento y hechas las advertencias que parecen necesarias y convenientes en cada caso, uno de los individuos toma la bolsa de las florecillas, ó sean papeletas, en que hay escritas máximas piadosas que se han de practicar en la semana, y la presenta á los congregantes para que cada uno tome una á la suerte. Magone sacó la suya; y en ella había escritas estas notables palabras. "En el juicio estaré solo con Dios." La leyó con asombro y la comunicó á sus compañeros diciendo: "Creo que este sea un aviso que me manda el Señor para advertirme que esté preparado." En seguida salió en busca del Superior, á quien se la mostró también con grande ansiedad repitiéndole que la juzgaba un aviso que le hacía el Señor citándole á comparecer ante su divina presencia. El Superior le exhortó á que viviera tranquilo y estuviese preparado,

3.º También se prestará con prontitud á todas las funciones que se celebren en honor de la Santísima Eucaristía, como será: ayudar la santa misa, asistir á la bendición que se dé con Su D. M., acompañar al Santo Viático, visitar al Santísimo Sacramento cuando está reservado en el tabernáculo y cuando está manifiesto en las Cuarenta Horas.

4.º Deberá procurar aprender bien á ayudar la santa Misa, haciendo con exactitud todas las ceremonias y pronunciando devota y distintamente todas las palabras.

5.º Cada semana habrá una conferencia espiritual á la que todo asociado debe concurrir, y estimular á los demás á que asistan con puntualidad.

6.º En la conferencia se tratarán puntos referentes al culto del Smo. Sacramento como son: alentar á recibir la Sagrada Comunión con el mayor recogimiento, instruir y asistir á los que hacen la primera comunión, ayudar á la preparación y acción de gracias á los que tengan necesidad, difundir libros, imágenes, folletos ú opúsculos que tiendan á este objeto.

7.º Concluida la conferencia se sacará la flor espiritual que se ha de practicar en toda la semana.

no por aquella florecilla, sino en virtud de las reiteradas recomendaciones que Jesucristo nos hace en su santo Evangelio para que estemos siempre dispuestos.

—Pues, sírvase decirme, replicó Magone, ¿cuánto tiempo viviré aún?

—Todos hemos de vivir el que Dios nos conserve en esta vida.

—Pero yo, ¿viviré todavía este año? dijo agitado y algún tanto conmovido.

—Sosiégate, no te inquietes. Nuestra vida está en las manos del Señor que es un buen padre. Él sabe hasta cuando nos la conserva. Además saber el tiempo de la muerte no es necesario para ir al paraíso; pero sí es preciso, y mucho, prepararnos con obras buenas.

—Entonces dijo sumamente entristecido, cuando V. no quiere decírmelo es señal de que está próximo el término.

—No creo, añadió el director, que esté tan próximo; pero, aunque así fuera, ¿tendrías acaso miedo de ir á hacer una visita á la Sma. Virgen en el cielo?

—Es verdad, es verdad. Recobrada con esto su ordinaria alegría se fué á la recreación.

El lunes, el martes y la mañana del miércoles estuvo siempre muy contento, no tuvo alteración alguna en su salud y cumplió con regularidad todos sus deberes.

El miércoles después de la comida le ví apoyado sobre el balcón viendo jugar á los demás compañeros

y sin tomar parte en la recreación: cosa extraña é indicio seguro de que no se hallaba en su ordinario estado de salud.

#### CAPITULO XIV

##### Su enfermedad y circunstancias que la acompañaron.

La tarde del miércoles (19 de enero de 1859) le pregunté qué tenía, y me contestó que solamente estaba algo incómodo por las lombrices, achaque ordinario en él. Se le dió una bebida contra ellas y después se acostó y pasó bien la noche. A la mañana siguiente se levantó á la hora que todos, tomó parte en los ejercicios de piedad, recibió y aplicó la sagrada Comunión por los agonizantes, como lo solía hacer todos los jueves. A la hora de la recreación no pudo ya entretenerse, porque se sentía muy cansado y las lombrices le dificultaban la respiración. Se le dieron algunos remedios, y visitado por el médico no le encontró ningún síntoma de enfermedad; por lo que le ordenó la continuación de aquellos. Su madre, que se encontraba entonces en Turín, vino á verlo, y manifestó que su hijo venía padeciendo desde niño de lo mismo y que los remedios dispuestos eran precisamente los que había usado otras veces.

El viernes por la mañana quería levantarse para recibir la Sagrada Comunión, como tenía costumbre, en honor de la pasión de N. S. Jesucristo, para alcan-

zar una buena muerte; pero no se le permitió, porque el mal pareció agravarse. Como había arrojado muchas lombrices se le ordenó tomara la misma medicina con algún otro específico que le facilitara la respiración.

Hasta aquí ningún síntoma de peligro se presentaba. El peligro comenzó á manifestarse á las dos de la tarde, hora en que al hacerle yo una visita observé, que á la dificultad de la respiración, se había agregado la tos, y la expectoración teñida en sangre. Le pregunté cómo estaba, y me dijo que no sentía otro mal que la opresión que le producían las lombrices en el estómago; pero yo noté que la enfermedad había cambiado de aspecto y presentaba un carácter bastante grave. Por esto, y para no exponerme á caer en la elección de las medicinas, llamé inmediatamente al médico. En aquel momento la madre movida por su espíritu cristiano, Miguel, le dijo, mientras viene el médico, ¿no te parece que debas confesarte? Sí, madre mía, con mucho gusto: aun cuando me confesé ayer por la mañana y recibí la Sagrada Comunión, en vista de que mi mal se agrava, quiero confesarme.

Se preparó algunos minutos é hizo su confesión. Después, con aire sereno, en mi presencia y en la de su madre dijo sonriendo: ¡Quién sabe si esta confesión será un ejercicio de la muerte ó más bien realmente para mi muerte!

—¿Qué te parece? le respondí: ¿deseas curarte ó ir al paraíso?

—El Señor sabe lo que me conviene: yo no deseo otra cosa sino que se cumpla su santísima voluntad.

—Pero si el Señor te dejara la elección, ¿escogerías curar ó ir al paraíso?

—¿Quién sería tan necio que no quisiera ir á la gloria?

—¿Deseas tú ir al cielo?

—¡Que si lo deseo! Lo deseo con todo mi corazón, y es lo que hace algún tiempo pido á Dios continuamente.

—¿Cuándo quisieras ir?

—Por mi gusto iría al instante, si es voluntad del Señor.

—Bien, dijimos los presentes: En todo, en la vida y en la muerte hágase la santa y adorable voluntad de Dios.

En aquel momento llegó el médico y encontró que en efecto la enfermedad había cambiado de carácter. Estamos mal, dijo, un derrame de sangre va al estómago, y no sé si encontraremos remedio.

Se hizo cuanto la ciencia aconseja en semejantes ocasiones. Sangrías, vejigatorios, bebidas; todo se puso en práctica para detenerle la sangre que furiosa tendía á sofocarle la respiración. Todo fué en vano.

A las nueve de aquella noche (21 de Enero de 1859) él mismo dijo que deseaba recibir una vez más antes de morir la Sagrada Comunión; y con más razón, agregó, porque esta mañana no he podido hacerlo. Estaba impaciente por recibir á aquel Jesús que desde tanto tiempo antes recibía con frecuencia ejemplar.

Al comenzar el religioso y solemne acto díjome en presencia de los demás: Recomiéndeme á las oracio-

nes de los compañeros, que rueguen para que Jesús Sacramentado sea mi viático y mi guía para la eternidad. Recibida la Sagrada Hostia se puso á dar gracias con la ayuda de un asistente.

Pasado un cuarto de hora cesó de recitar las oraciones que se le iban sugiriendo y aun de pronunciar palabra alguna: por lo que creímos que había sido sorprendido por un repentino desfallecimiento. Pero de allí á pocos minutos con aire risueño y casi en tono de broma nos hizo señal para que le atendiésemos y dijo: En el billetito de la flor del domingo había un error. Tenía escrito: "En el juicio estaré solo con Dios;" y no es verdad; no estaré solo: estará también la Virgen Santísima para asistirme. Yo no tengo temor alguno; ya nada temo. Vamos pues. La Madre de Dios y madre mía quiere acompañarme al juicio.

## CAPITULO XV

### Muerte.

Eran las diez de la noche y el mal se agravaba por momentos; por esto, y temiendo que aquella fuese acaso su última noche, se dispuso que el Sacerdote Don Zattini, un asistente y un joven enfermero le velasen hasta la media noche, en que serían relevados por D. Alasonatti, otro asistente y otro joven enfermero que estarían á su cuidado hasta la alborada siguiente. Por mi parte, y no descubriendo próximo peligro, dije al

enfermo: Magone, procura descansar un poco; yo voy un rato á mi cuarto y después volveré.

—No, respondió prontamente: no me abandone.

—Voy solamente á rezar el breviario y en seguida vuelvo á tu lado.

—Vuelva lo más pronto posible.

Al retirarme dejé orden de que me avisaran á la menor señal de agravación, porque yo amaba tiernamente á aquel discípulo y deseaba encontrarme á su cabecera, sobre todo en el momento de su muerte. Apenas había entrado en mi cuarto recibí aviso de volver en seguida porque parecía que al enfermo se le aproximaba la agonía.

Efectivamente era así: el mal avanzaba precipitadamente y de una manera terrible: por esto se le administró desde luego el óleo santo por el sacerdote Don Agustín Zattini. El enfermo se hallaba en el más perfecto estado de razón.

Respondía á las oraciones correspondientes á la administración de este santo Sacramento, y también añadía de su parte alguna jaculatoria. Recuerdo que al ungrírsele la boca dijo: ¡Oh Dios mío! si hubiérais atado mi lengua la primera vez que la usé para ofenderos ¡cuán afortunado sería! ¡cuántas ofensas menos, Dios mío! Perdonadme todos los pecados que he cometido por la boca, yo me arrepiento con todo mi corazón.

A la unción de las manos añadió: ¡Cuántos golpes he dado á mis compañeros con estas manos! Dios mío, perdonadme estos pecados, y ayudad á mis compañeros á ser más buenos que yo.

Concluida la sagrada unción del óleo santo le pregunté si deseaba que llamase á su madre que se había retirado á descansar un rato á una habitación próxima, en la creencia de que no era tanta la gravedad del enfermo. No, me contestó, es mejor no llamarla: ¡Pobre madre mía! me ama mucho y viéndome morir experimentarí gran dolor, que sería de mucha pena para mí! ¡Pobre madre mía! Que el Señor la bendiga. Cuando esté en el Paraíso rogaré siempre por ella.

Se le exhortó para que se preparase á recibir la bendición papal con la indulgencia plenaria. En todo el curso de su vida había mostrado gran interés por todas las prácticas religiosas á que iban anexas algunas indulgencias, y había hecho cuanto estaba de su parte para aprovecharlas. Por esto acogió con verdadero placer el ofrecimiento de la bendición papal. Tomó, pues, parte en todas las oraciones que le son propias y él mismo quiso recitar el "confiteor." Las palabras salían de su boca tan llenas de unción y tan colmadas de sentimientos de ardiente fe, que todos los circunstantes no pudimos menos que derramar lágrimas. Después, viéndole con deseo al parecer de dormir, le dejamos unos instantes sosegado; pero bien pronto despertó. Causaba en efecto verdadero asombro al que le miraba. El pulso indicaba que se hallaba á las puertas de la muerte, y sin embargo su aire sereno, su jovialidad y el perfecto estado de su razón eran de un hombre en completa salud. Y no porque él no sintiese molestia ni incomodidad alguna, puesto que su trabajosa respiración, producida por el rompimiento de una víscera, le

ocasionaba grandes angustias y un sufrimiento general en todo su sér; pero nuestro Miguel había pedido á Dios pasar en esta vida todo el purgatorio que sus culpas merecían, para poder caminar, después de su muerte, sin tropiezo alguno, á la gloria. Este pensamiento era, pues, el que le hacía sufrir todo con alegría: así es que las molestias y grandes sufrimientos consiguientes á su enfermedad los convertía en motivos de verdadero contento y placer. Por gracia especial sin duda de N. S. Jesucristo, no sólo parecía insensible al padecimiento, sino que mostraba sentir grandes consolaciones en ellos. No era preciso llamarle la atención á pensamientos santos, ni recordarle oraciones propias de aquellos supremos instantes; muy al contrario, él mismo no cesaba de pronunciar edificantes jaculatorias. Eran las diez y tres cuartos cuando llamándome por mi nombre, me dijo: ¿Está V. ahí? ayúdeme.

Tranquilamente le contesté: Yo no te abandonaré hasta que estés acompañando al Señor en la gloria. Y habiéndome manifestado á poco que sentía muy próximo su fin. ¿No quieres dar el último adios á tu madre? le dije.

—Nó, no quiero ocasionarle tanto dolor.

—¿No me dejas al menos algún encargo para ella?

—Sí, señor, diga á mi madre que me perdone todos los disgustos que la he dado en toda mi vida. Estoy arrepentido. Dígale que la amo, que se anime á perseverar en el bien, que muero contento, que me voy de este mundo con Jesús y María á esperarla en el cielo.

Estas palabras nos arrancaron lágrimas á todos los

que estaban presentes; y yo, tomando ánimo y para ocupar en santos pensamientos aquellos preciosos instantes, de vez en cuando le hacía algunas preguntas.

—¿Quieres que diga algo de tu parte á tus compañeros?

—¿Que procuren hacer siempre buenas confesiones.

—¿Qué es lo que en este momento te da mayor consuelo de cuanto has hecho en tu vida?

—Lo que más me consuela en este momento es lo poco que he hecho en honor de María Sma. Sí, ésta es mi mayor consolación. ¡Ah María, María, cuán felices son vuestros devotos en la hora de la muerte! Mas, tengo una cosa que me molesta; cuando mi alma se separe del cuerpo y esté para entrar en el paraíso ¿qué deberé decir? ¿á quién he de dirigirme?

—Si María Sma. quiere acompañarte al juicio, ella te valdrá. Pero antes que partas para la otra vida quiero hacerte un encargo.

—Diga, que yo haré cuanto pueda para obedecerle.

—Cuando estés en el paraíso y hayas visto á María Santísima, hazle un humilde y respetuoso saludo en mi nombre y en el de todos los que viven en esta casa. Suplícale que se digne darnos su santa bendición, y que nos acoja á todos bajo su poderoso patrocinio, para que ninguno de los que ahora están, ó en adelante estuvieren en esta casa, pierda su alma.

—Cumpliré gustosísimo su comisión: ¿desea alguna otra cosa?

—Por ahora nada más: descansa un poco.

Me pareció que quería dormir. Y si bien conserva-

ba la palabra y su acostumbrada tranquilidad, el pulso no obstante denunciaba una muerte inminente. Por lo cual se comenzó á rezar el "Proficiscere," y á la mitad de esta lectura, como si despertara de un profundo sueño, con la ordinaria serenidad de semblante y la risa en los labios me dijo: De aquí á pocos momentos cumpliré su encargo; procuraré cumplirlo con la mayor exactitud: diga á mis compañeros que los espero á todos en la gloria. Después estrechó entre sus manos el crucifijo, lo besó tres veces y habiendo dicho otras tres: Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía, dibujándosele en los labios una tierna sonrisa, plácidamente expiró.

Aquella alma afortunada abandonaba el mundo para volar, como piadosamente confiamos, al seno de Dios á las once de la noche del día 21 de Enero de 1859 á los catorce años apenas de edad. No tuvo agonía, ni menos demostró la agitación y naturales contracciones y convulsiones y aun dolores que acompañan la separación del alma del cuerpo. Yo no sabría cómo llamar la muerte de Magone, sino diciendo que fué un dulce sueño que transportó su alma de las penas de esta vida á la bienaventuranza eterna.

Los asistentes lloraban más conmovidos que afligidos, porque todos sentían la pérdida de un amigo; pero cada uno envidiaba su suerte. El sacerdote D. Zattini, dando rienda suelta á los afectos que su corazón no podía contener, se expresó en estos términos: "¡Oh muerte! tú no eres un azote ó castigo para las almas inocentes; eres para ellas la gran bienhechora que les



abre las puertas de la mansión de los gozes eternos. ¿Por qué no puedo yo ocupar tu puesto, amado Miguel? En este momento purgada ya tu alma es conducida por la Bienaventurada Virgen María á las delicias inmensas de la gloria. Querido Magone, vive feliz eternamente, ruega por nosotros y en cambio nosotros, rindiendo tributo á tu amistad, dirigiremos fervientes oraciones al Señor, para asegurar aún más el descanso eterno de tu alma.”

## CAPITULO XVI

### Sus exequias y últimos recuerdos.

#### CONCLUSIÓN.

Cuando amaneció, la excelente madre de mi Miguel deseaba ir á la habitación de su hijo para saber de su estado; y ¡cuál no fué su dolor cuando se le anunció que había muerto! Aquella mujer cristiana quedó un momento inmóvil, sin proferir una palabra ni dar un suspiro; después prorumpió en estos lamentos: “¡Gran Dios, vos sois dueño de todas las cosas! . . . ¡Querido Miguel, tú has muerto! . . . Yo lloraré siempre en tí la pérdida de un hijo; pero doy gracias á Dios porque te ha concedido morir en este lugar y con tan esmerada asistencia, y morir con una muerte tan preciosa á los ojos del Señor. Reposa en paz con Dios; ruega por tu madre que tanto te amó en esta vida mortal, y que te ama más ahora que te considera acompañado de los

justos en el cielo. Mientras viva no dejaré jamás de pedir por el bien de tu alma, y espero unirme un día á tí en la patria de los bienaventurados.” Dichas estas palabras prorumpió en copioso llanto, y después se retiró á la iglesia á buscar consuelo en la oración.

La pérdida de este compañero fué también dolorosísima para los jóvenes y para cuantos le conocían, pues que si era muy estimado por sus cualidades morales y físicas, era aun venerado por las raras virtudes que adornaban su alma.

Se puede decir que el día que siguió al de su muerte lo pasaron sus compañero en ejercicios de piedad por el alma del amigo. No mostraban consuelo sino rezando el santo rosario, el oficio de los difuntos y comulgando. Todos lloraban en él á un amigo y cada uno sentía gran alivio diciendo: En este momento está ya con Domingo Savio en el cielo.

El sentimiento de sus discípulos y de su profesor el sacerdote D. Francesia fué expresado por éste en las siguientes palabras: “Al día siguiente de la muerte de Magone fuí á mi clase. Era sábado y debía tener lugar un ejercicio de prueba. El puesto vacío de Magone me indicaba que yo había perdido un alumno y el cielo había ganado un ciudadano. Yo estaba profundamente conmovido; los jóvenes, bajo el influjo de inmenso pesar y en silencio general; no fué posible pronunciar otras palabras que: Ha muerto; y toda la clase derramaba lágrimas. Y cómo no, si todos amaban á un niño tan virtuoso? La gran reputación de piedad que habia ganado entre sus compañeros se conoció después de su muerte.

“Las páginas de sus trabajos escritos eran disputadas una á una y un dignísimo colega mío se consideró muy afortunado porque pudo recoger un cuadernito del joven Miguel.

“Yo mismo, movido de las virtudes que practicó

en vida con tanta perfección, no dudé en invocarle después con plena confianza en mis necesidades; y en honor de la verdad, debo confesar que no salieron fallidas mis esperanzas. Recibe, angelito, la más sentida demostración de mi reconocimiento, é intercede propicio cerca del trono de Jesús por tu maestro. Haz que se despierte una centella de tu humildad en mi corazón. ¡Oh Miguel muy querido, ruega también por todos tus compañeros que fueron muchos y buenos, para que todos podamos abrazarte un día en el cielo!" Hasta aquí su maestro.

Para dar una muestra exterior del grande afecto que todos tenían al amigo difunto, se hizo su entierro con la solemnidad que nuestra humilde condición permitía.

Sus caros despojos fueron conducidos á la tumba con acompañamiento de luces, cánticos y música instrumental y vocal; y allí rogando por el eterno descanso de su alma se le dió el último adiós, en la esperanza de ser un día sus compañeros en la vida mejor que la presente.

Al mes se le hicieron honras fúnebres. El sacerdote Don Zattini, célebre orador, hizo en un sentido y elocuente discurso el elogio del joven Miguel. Lástima es que la brevedad de este librito no permita insertarle por entero; quiero sin embargo copiar sus últimos periodos para que sirva de conclusión á los presentes apuntes biográficos.

Depués de haber expuesto las principales virtudes que enriquecían el alma del difunto, exhortaba á los dolientes y conmovidos compañeros á no olvidarlo, instándoles á recordarle con frecuencia, rogando por él é imitando los ejemplos que dejó en su vida mortal. Al terminar concluyó así:

"Estos ejemplos nos daba en vida, y estas palabras en la hora de la muerte nos decía nuestro común ami-

go Miguel Magone de Carmagnola. Ahora ya no existe. La muerte ha dejado vacío su asiento aquí, en la iglesia donde la oración le era tan dulce y la paz de su alma era tan profunda. Ya no existe; y con su desaparición nos prueba que todo astro se apaga, todo tesoro se disipa, toda alma ha de ser llamada á la eternidad. Treinta días hace que entregamos á la tierra sus apreciados despojos. Si yo hubiera estado presente en aquel acto, al uso del pueblo de Dios, hubiera arrancado del lado de aquella fosa un puñado de yerbas y arrojándolo hacia atrás, con triste acento hubiera dicho como el hijo de Judá: Floreced como la yerba de los campos; renazcan otros jovencitos que despierten en nosotros el recuerdo de nuestro amigo, renueven sus ejemplos y multipliquen sus virtudes.

"¡A Dios por última vez, muy amado y fiel compañero nuestro, bueno y valeroso Miguel! ¡A Dios! Aumenta la esperanza de tu santa madre, que por tí llora las lágrimas de la piedad, más aún que las de la naturaleza y de la sangre. Acrecienta la esperanza de aquel padre adoptivo que te acogió en el nombre de Dios misericordioso en este bendito asilo, en donde aprendiste tan bien y tan presto el amor de Dios y el estudio de la virtud. . . . Tú, buen amigo de tus discípulos, respetuoso para con tus superiores, dócil á tus maestros, cariñoso para con todos, ruega por el sacerdocio ya que acaso hubieras sido en él ejemplar y maestro de la sabiduría celestial. . . . ¡Tú has dejado en nuestro corazón una herida y un gran vacío! Pero si nos abandonaste, ó más bien la muerte te arrebató á nuestro afecto y á nuestra edificación, es porque teníamos necesidad de las lecciones de la muerte. Sí, tenían necesidad los fervorosos y los menos solícitos, los descuidados: la tenía el negligente, el perezoso, el débil, el tibio, el frío. ¡Ay!.... te rogamos nos hagamos conocer

que te hallas ahora en la mansión de la alegría, en la patria bienaventurada de los vivos: haznos experimentar que te encuentras ahora cerca de la fuente, mejor dicho, del mar de la gracia, y que tu canto mezclado con el de los coros celestiales es poderoso y agradable á los oídos de Dios. Alcánzanos celo, caridad y abnegación... alcánzanos la gracia de vivir buenos, castos y virtuosos, de morir contentos, serenos, tranquilos y confiados en las divinas misericordias. Alcánzanos que la muerte no nos moleste con sus tormentos y horrores, y que nos respete como á tí. "Non tangat nos tormentum mortis!" Ruega por nosotros en unión de aquellos tres angelitos, hijos también de esta casa, que te precedieron en el seno de Dios: Camilo Gavio, Gabriel Fascio, Luis Rua, Domingo Savio, Juan Masaglia, y ruega con ellos, sobre todo por el venerable y tan querido jefe de este nuestro instituto. Nosotros te tendremos presente siempre en nuestras oraciones; jamás te olvidaremos á fin de que imitándote en la virtud nos sea dado unirnos á tí en la gloria.

"¡Oh! bendito sea Dios que te crió y sostuvo y te llamó á sí. Bendito sea el que quita la vida y bendito El que la devuelve."

FIN.

te hallas ahora en la mansión de la alegría, en la  
aventurada de los niños: haznos experimen-

## A FAVOR DE LOS NIÑOS ABANDONADOS

DEL COLEGIO SALESIANO.

---

**DON BOSCO.**—Amenos y preciosos documentos sobre su santa vida y admirables obras, por un Cooperador Salesiano.

EDICIÓN ECONÓMICA DE PROPAGANDA... 75 CVS.

**EL JOVEN INSTRUIDO.**—Devocionario muy recomendado y del cual se han publicado más de cien ediciones; escrito con gran esmero por el Pbro. Don JUAN BOSCO.

Encuadernado en tela con relieves, edición de propaganda... TREINTA CENTAVOS EJEMPLAR.

**NOVENA EN HONOR DE MARIA AUXILIADORA.**—Escrita por el Pbro. D. Juan Bosco.

PRECIO DEL EJEMPLAR... 3 CVS.

### PUNTOS DE VENTA

IMPRENTA Y LIBRERIA de Don Francisco León.—Coliseo Viejo núm. 23.

IMPRENTA Y LIBRERIA de los Sres. Aguilón —Escalerillas núm. 14.

SR. ANGEL G. DE LASCURAIN.—Cordovanes núm. 1